

Los muertos de Beltrán en el Río Cauca como manifestación de la violencia en Colombia.

The dead of Beltrán in the Cauca River as a manifestation of violence in Colombia.

Anderson Paul Gil Pérez.³⁴

RESUMEN

Desde los años 80's del siglo XX comenzaron a llegar los cuerpos al remanso del Río Cauca en la vereda Beltrán en el corregimiento del Alto Cauca en el municipio de Marsella en el departamento de Risaralda, Colombia. La corriente del río los traía desde otras latitudes donde se les había sido robada su vida, fueron recogidos por pescadores y funcionarios de policía durante varios años, hasta que la suma de tantos cadáveres, convirtieron al municipio de Marsella en el símbolo de la violencia colombiana. Los cadáveres que llegaron por el Río Cauca no fueron la manifestación del Marsella violento, sino, más bien, la punta del iceberg de la violencia de la región del Norte del Valle fracturada por la presencia de ejércitos paramilitares y narcotraficantes durante las décadas de 1980 y 1990.

PALABRAS CLAVES

Violencia en Colombia, violencia física, desaparición, cadáveres, pasado reciente.

SUMMARY

From the 80's of the 20th century the bodies began to reach the backwaters of the Cauca River in the Beltrán village in the Alto Cauca district of the municipality of Marsella in the department of Risaralda, Colombia. The current of the river brought them from other latitudes where their

³⁴ Maestrando en Historia de la Universidad Autónoma de Sinaloa (Culiacán-Sinaloa, México) y Licenciado en Etnoeducación y Desarrollo Comunitario por la Universidad Tecnológica de Pereira (Pereira, Colombia), integrante del grupo de investigación Políticas, Sociabilidades y Representaciones Histórico-Educativas (Categoría A1-Colciencias). Correo electrónico: andersonpaulgp@gmail.com; <https://orcid.org/0000-0002-9741-4220>

lives had been stolen, they were picked up by fishermen and police officers for several years, until the sum of so many corpses, turned the municipality of Marseille into the symbol of Colombian violence. The bodies that arrived along the Cauca River were not the manifestation of the violent Marseille, but, rather, the tip of the iceberg of the violence of the North Valley region fractured by the presence of paramilitary armies and drug traffickers during the 1980s and 1990.

KEYWORDS

Violence in Colombia, physical violence, disappearance, mutilated corpses, recent past.

1. Introducción.

La historia de la violencia en Colombia ha estado marcada por la combinación de procesos que se originaron en diferentes épocas por razones muy disímiles; es decir, que se fueron superponiendo problemas que no fueron solucionados de manera efectiva por los gobiernos nacionales y que se juntaron con nuevas circunstancias económicas y políticas, y demandas no satisfechas. La integración de actores armados con políticos y empresarios ha sido una tendencia recurrente de la violencia, bien porque en los años 50's los dos partidos políticos fueron determinantes en la explosión de la violencia civil en el campo, o bien porque en los años 80's y 90's los políticos tuvieron connivencia con los grupos paramilitares y guerrilleros para el control territorial y electoral (Grupo de Memoria Histórica, 2013; Palacios, 2012; Pécaut, 2001).

Como lo afirmó Marco Palacios, la violencia en Colombia transita entre dos tensiones constantes, por una parte, “la de la razón de estado, barroca, de estirpe colonial, frente al funcionamiento del Estado de derecho que se prefiguró en 1819-1821”, y por otra parte, “la del funcionamiento del Estado colombiano (1958-2010), con su flagrante déficit de legitimidad y

soberanía en el ámbito del territorio nacional y en el sistema internacional” (Palacios, 2012, p. 21).

La sociedad civil ha tenido que luchar por espacios de participación que le garanticen su independencia frente a los actores del conflicto, que continuamente han querido vincular a la ciudadanía a sus intereses, bien como forma de incrementar la colaboración, o como medio para legitimar sus visiones ideológicas y repertorios de acción. El correlato de la violencia en sus diferentes modalidades y periodos ha sido la violación sistemática de los derechos humanos, lo mismo que a sus defensores que han tenido que acudir a redes internacionales y organizaciones no gubernamentales para garantizar la protección de sus derechos (López, 2013).

Las organizaciones guerrilleras, grupos paramilitares y de narcotraficantes, han implementado diferentes repertorios para cometer sus crímenes. Las modalidades criminales han sobrepasado la imaginación hasta llegar a niveles, simplemente, insospechados e impensables. El informe del Centro de Memoria Histórica permite esclarecer las magnitudes diversas de las modalidades del conflicto colombiano:

“Si bien las grandes masacres, los atentados terroristas o los magnicidios fueron los hechos más visibles durante la investigación del GMH, distaron de ser los más frecuentes y los más letales contra la población civil. Los asesinatos selectivos, las desapariciones forzadas, los secuestros y las masacres pequeñas son los hechos que han prevalecido en la violencia del conflicto armado” (Grupo de Memoria Histórica, 2013, p. 42).

En este sentido, el presente artículo se concentra en la exploración de un caso regional y local que ejemplifica la combinación de dos modalidades *violencia física* como la sevicia y tortura con la desaparición forzada.³⁵ Se trata de los acontecimientos que desde mediados de los años 80's se presentaron en la vereda Beltrán en Marsella, Risaralda. En primer lugar, se presentan elementos generales de la vereda Beltrán sumida en Marsella, un municipio históricamente

³⁵ Definida como “violencia física intencionada y directa” que toma “formas diversas que incluyen el pillaje, el robo, el vandalismo, el incendio, el desplazamiento forzoso, el secuestro, la toma de rehenes, la detención, el apaleamiento, la tortura, la mutilación, la violación y la profanación de cuerpos muertos” (Kalyvas, 2010, p. 38).

productor de café y vinculado al Paisaje Cultural Cafetero. El segundo apartado expone cómo la vereda de Beltrán se explica dentro de unas lógicas de violencia regional que proceden de los años 50's, sin decir que Marsella sea un municipio violento pero sí señalando que está inmerso en un corredor violento regional. En el tercer acápite se expone el caso observado a partir de información primaria, testimonial y de prensa, que permite observar las particularidades de lo ocurrido en Beltrán; y, por último, se plantean elementos de análisis y conclusiones.

2. La vereda Beltrán en Marsella, pueblo cafetero.

Marsella municipio del Departamento de Risaralda es uno de los territorios más bellos del país, y en especial, de los que conforman la región del Eje Cafetero. Así mismo, es considerado como el municipio verde porque ha sido pionero en prácticas de protección medio ambiental desde los años 90's. Marsella se encuentra a 29 kilómetros de Pereira, la ciudad capital del Departamento de Risaralda, en un recorrido de aproximadamente 60 minutos por una carretera pavimentada en un 95%. Por la parte norte, Marsella, se encuentra a 51 kilómetros de Manizales, capital del Departamento de Caldas, en un recorrido cercano a la hora y media. Así mismo, es parte del Paisaje Cultural Cafetero: región geográfica, cultural e histórica declara así en 2011 por la UNESCO y tiene una estrecha y vigorosa relación cultural y económica con Pereira, Manizales, Santa Rosa y Chinchiná (Correa, et al, 2016).



Ilustración 1. Plaza central de Marsella, Risaralda.³⁶

Marsella fue resultado del proceso de frontera conocido como *Colonización Antioqueña*, que permitió poblar el centro occidente colombiano entre 1850 y 1900 (Martínez, 2016).³⁷ En julio de 1860 fue su fundación oficial y en 1904 fue electo como distrito, fue hasta 1911 que se convirtió en municipio. El primer nombre de este territorio fue Villa Rica, más adelante, al pasó el general Tomás Cipriano de Mosquera, se le bautizó como Villa Rica de Segovia. Este territorio está atravesado por los ríos San Francisco y Cauca; este último, es el segundo más importante de la geografía colombiana por su trayecto de sur a norte.³⁸ Uno de los lugares por los que pasa el Río Cauca dentro de Marsella es el corregimiento El Alto Cauca, y allí, por la vereda Beltrán; en este punto se forma un pequeño estancado que se conoce como *el remanso de Beltrán*.

³⁶ Fotografía tomada por el autor.

³⁷ Colonización Antioqueña se le ha llamado en la historiografía colombiana al proceso de apropiación de nuevas tierras ejercido desde Antioquia hacia el sur y el occidente del país, durante la segunda mitad del siglo XIX, que dio fundación a ciudades como Manizales, Pereira, Armenia, entre otras. La tradición oficial se ha inspirado en los estudios de James Parsons que lo explicó como una apropiación de baldíos y la conformación de una sociedad democrática de pequeños propietarios. Visto así, tras esta idea se han edificado mitos regionales en Colombia, uno de ellos, sugiere que los Antioqueños son “una raza de hombres emprendedores y amantes del trabajo, mujeres católicas, laboriosas y fecundas; cualidades que los hacen diferentes al resto de los colombianos” (Londoño, 2002).

³⁸ Junto con el río Magdalena, el río Cauca acompaña la geografía colombiana desde su nacimiento en el Macizo y hasta su desembocadura en el Magdalena. “En su recorrido, atraviesa alrededor de ciento ochenta municipios de los departamentos de Cauca, Valle, Risaralda, Caldas, Antioquia, Sucre y Bolívar. En Risaralda, el río Cauca pasa por los municipios de Pereira, La Virginia, Quinchía, Balboa y Marsella. Debido a un accidente geográfico que tiene este último municipio, todo lo que corre por el río queda estancado, especialmente en un lugar denominado El Remanso de Beltrán” (Perdomo, 2015, p. 27).

La vereda Beltrán puede ser vista –imaginada y representada– como uno tanto de los territorios abandonados que conforman Latinoamérica. La mayoría de sus características, son peculiares, en la medida que se las comprendan como propias de los poblados que se configuran en la margen de los grandes ríos, disfrutan sus ventajas y, a veces, padecen sus aguas. La única calle que tiene es polvorienta y alargada, atraviesa la vereda de principio a fin, con algunos árboles frutales. El clima es cálido-tropical y favorece una temperatura promedio de 32° y una humedad del 58%. La vereda Beltrán se ubica apenas a 11 kilómetros de la cabecera municipal de Marsella, pero las malas condiciones de la carretera dificultan a los habitantes moverse de un lugar al otro; para hacerlo deben tomar un recorrido en Jeep que sólo se hace dos veces por día. Se trata, pues, de un trayecto muy trasmano:

“En invierno, la lluvia convierte la ruta desde Marsella hasta Beltrán en un lodazal transitado únicamente por bestias de carga y conductores de jeep Willys, mientras que en épocas de sol el barro se resquebraja y los vehículos levantan polvaredas que los viajeros se tragan durante el trayecto. En los tres primeros kilómetros del camino uno ve fincas repletas de palos de café; luego, en los seis restantes, bajando hacia el río Cauca, deja de ver café y plátanos, y todo ese verde oscuro se convierte, gradualmente, en extensas landas pálidas en altorrelieve para engorde de ganado. Hierba y vacas y toros y caballos en haciendas a las que no se les ven los límites, como El Mallorquín, una de las propiedades que más quería Macaco, el hoy extraditado narcoparamilitar. La hacienda, contigua a Beltrán, tiene una larga ribera sobre el Cauca. La gente dice que Macaco la vendió antes de someterse a la Ley de Justicia y Paz” (Álvarez, “El Remanso de Beltrán”, *El Malpensante*, 2009).

Los habitantes de la vereda, en su mayoría, se dedican a la pesca. La rutina comienza a las 2 de la mañana con un río Cauca muy tranquilo. Los pescadores avanzan en sus canoas y con sus atarrayas sobre las aguas. El pescado es acumulado de lunes a viernes y el sábado es llevado al municipio de La Virginia donde lo pueden vender con mayor facilidad. La economía de la pesca ha sido el principal sustento para tres generaciones de familias que llegaron de Antioquia a finales del siglo XIX y se quedaron viviendo en las orillas del río. Podría decirse que la vida en la

vereda Beltrán no tiene mayores altibajos, se respira aire de tranquilidad. Sin embargo, a pesar de esta calma que marca el día a día, cada vez hay menos habitantes, y el poblado parece inmóvil en el tiempo.

En la vereda Beltrán se ve lejana la presencia del Estado, la escuela pública es la mayor representación institucional, aunque a veces se difumina porque ni los mismos maestros quieren vivir allí. La escuela fue construida en los años 70's por el Comité de Cafeteros del Risaralda, como una forma muy exigua de acabar con la centralización.³⁹ La Policía Nacional es la otra institución que hace presencia con dos o tres patrulleros que tienen el objetivo de mantener el orden público y, apoyar a los pobladores en labores cívicas y comunitarias.

Observado en los anteriores términos, parecería que la vereda Beltrán es un territorio poco atrayente a los cánones académicos, no obstante, en lo que atañe a los medios de comunicación, las ONGs y los artistas de la memoria, desde hace varios años se ha convertido en un lugar de mucho interés, para dar cuenta de varias de las múltiples manifestaciones de la violencia en Colombia, para intentar explicar cómo la violencia regional afectó la vida cotidiana de los pobladores a partir de mediados de los años 80s'.

3. Beltrán una vereda atravesada por la violencia colombiana.

Estudios de la violencia que se pueden considerar como clásicos, consideran que los territorios que engloban el antiguo Viejo Caldas o el actual Eje Cafetero, vivieron la violencia política de mediados de siglo XX a partir de unas estrechas conexiones con la caficultura (producción y comercialización). En la mirada pionera de Guzmán, Fals Borda y Umaña, se encuentra la siguiente referencia a este contexto regional:

³⁹ Al respecto de la importancia de la institucionalidad cafetera para el desarrollo infraestructural de los municipios del Eje Cafetero, Germán Toro, sostiene que esta se: “configuró como la principal responsable de dotar a la población de infraestructura de servicios básicos para el desarrollo (electrificación, salud, educación, vivienda) y soporte fundamental de las políticas sociales en cada uno de los municipios cafeteros del país. Se constituyó así una institucionalidad paralela, más importante e influyente socialmente que la organización estatal del nivel municipal y departamental, que trajo aparejadas a manera de contraste, las importantes connotaciones de una poderosa red de pequeños productores y organizaciones sociales asociadas a ellos, conviviendo con una organización estatal distorsionada en lo local y departamental, por la dinámica y opulenta presencia de una institucionalidad paralela, la Federación de Cafeteros, con mayor capacidad para el asistencialismo y la provisión de infraestructura social” (Toro, 2005, p. 131).

“El sino de Caldas (Caldas, Quindío y Risaralda) en cuanto a la violencia ha sido paradójico, porque es el departamento colombiano que goza, aparentemente, del más alto nivel de vida. Allí, según los sociólogos, se ha desarrollado una verdadera clase media rural que tuvo su origen en las inmigraciones de antioqueños al Quindío desde mediados del siglo XIX. Una mentalidad especial de empresa con un sentido de independencia ha hecho de Caldas una región próspera. Pero quizás su riqueza, como se dice más adelante, sea la causa de su desgracia. Los explotadores del café, en su mayoría minifundistas, han debido sufrir el impacto de la confusión causada por el robo y el ansia de tierras” (Citado en Toro, 2005, p. 138).

De esta manera, la violencia política de los años 50's dejó a su término muchas heridas en la sociedad cafetera. Las tres principales ciudades, Pereira, Manizales y Armenia, adquirieron connotaciones poblacionales exorbitantes, en gran medida, después de los desplazamientos masivos de campesinos cuando los pueblos se convertían en fortines de uno u otro de los partidos de los partidos políticos (Mejía, 2017). A los problemas no solucionados como la distribución de la tierra y la dependencia de un sector económico, se le sumaron factores como la violencia guerrillera, paramilitar y narcotraficante, que a partir de los años setenta ocurrió con diferentes matices en el Centro Occidente Colombiano.

En tal sentido, la cercanía de municipios y el intercambio cultural y económico de sus pobladores, derivó en la configuración de “un eje delincencial entre el Norte del Valle, Armenia y Pereira”, que se sumó a la crisis por los precios del café durante los años 80's, propiciando escenarios para “la compra de tierras por narcotraficantes, que, sumada a las disputas entre carteles, da paso al cartel de Pereira” (Núñez, 2007, p. 4). Estos factores de crisis económica y social, aunados a la presencia de “narcotraficantes, guerrilla marginal y grupos paramilitares, justicia privada y desinstitucionalización de la justicia, el impacto negativo de la apertura económica, la violencia urbana y todo tipo de presiones sobre la tenencia de la tierra” (Toro, 2005, p. 140). Como lo sostiene, Núñez (2007), el Departamento de Risaralda, por su ubicación geográfica se encuentra en el centro de este eje violento:

“... en un eje caracterizado por la alta intensidad de la confrontación en cuyo centro se encuentra el departamento de Risaralda, que limita al norte con Antioquia y Caldas, al oriente con Tolima, al sur con el Valle del Cauca y Quindío y al occidente con Chocó; permite así la comunicación del centro del país con el occidente, el norte y el sur; se encuentra cerca de tres centros de desarrollo, Bogotá, Medellín y Cali, por lo cual es un punto importante en la actividad comercial del país, además de formar junto con el Chocó un corredor de salida al mar que permite el tráfico de armas, la entrada de insumos químicos y la salida de droga” (Núñez, 2007, p. 2).

Este bloque regional adquirió el nombre de corredor occidental de la violencia, en la medida que fue sumando los indicadores violentos del Norte del Departamento del Valle del Cauca, el sur del Departamento de Risaralda y el occidente del Departamento de Caldas (Martínez, 2006, p. 98). Así, en efecto, la vereda Beltrán se encuentra en el centro de este corredor occidental de la violencia.

En la vereda Beltrán se vivió una violencia que se interconectó con las múltiples violencias colombianas que son producto de más de cincuenta años de lucha guerrillera, de la infiltración del narcotráfico en la esfera pública (política, economía y sociedad) y del surgimiento de los grupos paramilitares auspiciados por algunos gobiernos nacionales y regionales. Las múltiples violencias ocurridas en los territorios allende al río Cauca tuvieron en las aguas el pretexto de la eliminación y de la desaparición forzada. Mientras en poblados como Cartago, Trujillo y El Águila (municipios del Norte del Valle, región marcada por el narcotráfico y el paramilitarismo) los grupos criminales saldaban sus cuentas con asesinatos y desapariciones; las aguas del río Cauca se fueron llenando de cadáveres, cuerpos arrojados a la espera de su descomposición, y con ella, su desaparición final. La transgresión del cuerpo al desaparecerlo es una de las formas predilectas del crimen organizado para evitar la justicia y eliminar los trayectos de vida.

Los cuerpos que fueron arrojados al río Cauca desde mediados de los años 80's, comenzaron su recorrido de sur a norte, pero se quedaban rezagados en el remanso que se forma en la vereda Beltrán. Se trató de un resurgir de los cuerpos mucho antes de lo esperado por su

perpetradores físicos e intelectuales. La manera como estos cuerpos fueron irrumpiendo de la profundidad de las aguas puede interpretarse como una negación a la desaparición, como una excusa para recuperar sus pasados, su historia. Cada cuerpo que se estancaba en el remanso se convertía en una biografía que podía ser contada, re-narrada por su familia y la justicia.

El remanso que se forma cuando el río Cauca pasa por la vereda Beltrán, aunque pequeño, se convirtió en la punta del Iceberg de una violencia que en otros lugares de Colombia se expresaba a torrentes pero que, en la región del Eje Cafetero, donde se ubica Marsella, se escondía entre el parroquianismo católico, el conservadurismo y una identidad cívica que auto disculpó la indiferencia del Estado y su presencia ineficaz. Los cuerpos que fueron apareciendo en el remanso, en su mayoría, eran producto de la violencia en otros lugares:

“Gran parte de los muertos que arrastró el río hasta este remanso venían de la violencia que afectó fundamentalmente a los municipios de Trujillo, Bolívar y Riofrío, hechos conocidos como la Masacre de Trujillo. Estos sucesos, si bien inician desde mediados de los años ochenta, tienen su momento más álgido entre 1989 y 1991” (Perdomo, 2015, p. 27).

Para los pobladores de un municipio como Marsella, publicitado por propios y visitantes como turístico e inmerso en la estética antioqueña y en la arquitectura del Paisaje Cultural Cafetero, fue difícil comprender que en el “imaginario mediático” colombiano, su pueblo, su “matria chica”, se convirtiera en un referente de la violencia del narcotráfico y el paramilitarismo para el orden nacional. Vivieron entonces en una paradoja constante: mientras en la plaza central los campesinos continuaban preocupados por el precio del café, los nuevos métodos de producción y las políticas poco beneficiosas de la Federación Nacional de Cafeteros; el país, por otra parte, comenzó a estigmatizar el proceso “violento” que vivía en Marsella, y no a exaltar la acción humana y comunitaria que implicaba recuperar los cuerpos, la memoria y las historias de vida que cada uno traía consigo.



Ilustración 2. Remanso de El Río Cauca a su paso por la vereda Beltrán en Marsella, Risaralda.⁴⁰

Los cuerpos tienen historia y para el sistema de justicia son la prueba principal de que un delito se cometió, cuando los cuerpos son desaparecidos se destruye la prueba del homicidio. Los cuerpos representan historias de vida, memorias, pasados colectivos, vidas familiares, que no sólo han sido apagadas, sino que también se han querido invisibilizar. Estas biografías – cuerpos– que difícilmente serán contadas y que en el mejor de los casos serán relegados a una estadística más que sólo servirán para promediar el número de homicidios por cada mil habitantes y ubicar el territorio en una escala de ciudades violentas.

Muchos cuerpos aparecían descuartizados, lo que permite entrever que habían sido sometidos a tortura antes de morir. Es importante, señalar que, tanto en el conflicto armado colombiano como en otros conflictos, los cuerpos son utilizados como medio para enviar mensajes, a grupos particulares o a la población en general. Las organizaciones criminales “utilizan los cuerpos para transmitir mensajes que impacten e instauren en los imaginarios sociales el poder que detentan y que sirvan como elemento persuasor para quienes consideren incumplir sus “reglas del juego” (Ovalle, 2010, p. 222).

4. Los cuerpos recuperados en la vereda Beltrán.

⁴⁰ Fotografía tomada por el autor.

En 1988 retornó a Marsella la Luz María Ortiz, siete años atrás había partido a Pereira para estudiar medicina en la Universidad Tecnológica de Pereira. En agosto de 1988 fue nombrada médica legista de Marsella. La doctora Ortiz, muy pronto se enteró que en el remanso del río Cauca en Beltrán estaban apareciendo cadáveres desde varios años atrás y que los pobladores los estaban regresando al cauce del río para que continuaran su camino. Se interesó, entonces, por ir a recogerlos, identificarlos y, después, darles sepultura según las arraigadas costumbres católicas de este municipio y de sus gentes.

Luz María Ortiz, recuerda que “los cuerpos venían por el río desde muchos años antes, empezando los 80’s, pero fue entre 1988 y 1992 cuando se intensificaron, cuando me enteré. En aquellos años llegaron cerca de 300 cuerpos”.⁴¹ La doctora Ortiz, recuerda que en aquellos años las condiciones técnicas de la ciencia forense en Colombia apenas estaban en desarrollo, y en Marsella, un pequeño pueblo del Centro Occidente, eran aún más incipientes. Así que el procedimiento para reconocer los cuerpos era bastante artesanal en aquellos primeros años. En una olla grande se hervía agua y se cocinaba el cuerpo hasta que la piel comenzará a desprenderse de los huesos. Una vez esto ocurría se recolectaban los huesos y se enviaban a Bogotá para que Medicina Legal hiciera su identificación. Cuando esto pasaba, los huesos eran regresados a Marsella y, ahí sí, se enterraban en un lugar común en el fragmento destinado para estos cuerpos en el Cementerio, espacio que fue cedido por Duván Vélez, párroco de Marsella en 1993. Mientras tanto la opinión pública en Colombia comenzó a darse cuenta que en Marsella se estaban recuperando y reconociendo los cuerpos, empezaron a llegar familiares al pueblo preguntando por sus seres queridos.

Según el testimonio de quién en esa época era ayudante de la doctora Ortiz, el señor Carlos Arturo Ramírez, al principio el reconocimiento del cadáver se hacía sin protección. Ramírez, siempre tuvo una relación con los cadáveres porque su padraastro fue el sepulturero del Cementerio *Jesús María Estrada*, con lo que se familiarizó con el manejo de los cadáveres.⁴² En 1991, Medicina Legal, dispuso que la doctora Ortiz no podía continuar recogiendo los cuerpos y

⁴¹ Entrevista a Luz María Ortiz, médica legista de Medicina Legal en Marsella (Risaralda), mayo de 2016.

⁴² Entrevista a Carlos Arturo Ramírez, asistente de Medicina Legal en Marsella (Risaralda), mayo de 2016.

que simplemente había que dejarlos continuar en el río hasta su desaparición definitiva. Al parecer en este momento las instituciones también se enfocaron perpetuar la violencia sobre los cuerpos y sobre las historias que significan. Hubo una suerte de doble victimización sobre estos cuerpos. Conviene preguntarse, como lo sugiere Ovalle (2010), si detrás de la no recuperación de los cuerpos había o no, un interés por someter los crímenes, pero sobre todo lo que estos actos significan en su contexto social y político, al olvido;

“...en esta construcción del olvido social tienen un papel fundamental los discursos oficiales y los grupos de poder, es necesario que como sociedad nos examinemos y nos preguntemos de qué forma contribuimos a la indiferencia y al olvido de estas muertes y desapariciones” (Ovalle, 2010, p. 223).

A partir de 1992, la señora María Inés Mejía Cataño, secretaria del Corregidor del Alto Cauca, comenzó a recoger los cuerpos. La señora Mejía se hizo famosa por su labor y empezó a ser reconocida como “la dama de los muertos” o “la heroína de Beltrán” (Giraldo, “La dama de los muertos”, *El Diario del Otún*, 2010). Los pescadores le avisaban cada que aparecía un cuerpo en el remanso del Río Cauca. Ella acudía acompañada por dos agentes de la Policía Nacional con quienes se efectuaba el levantamiento legal del cuerpo, el cual era llevado en Jeep o camión desde Beltrán hasta Marsella. Para los conductores, contratados por la Alcaldía Municipal, era más un problema que un trabajo tener que transportar en sus carros a los cadáveres en alto estado de descomposición.

Pero “los muertos de Beltrán”, forma coloquial para designar este proceso, comenzaron a volverse un problema para la administración municipal y departamental. Fueron varias las razones que contribuyeron a crear el ambiente negativo: 1) los indicadores de violencia se vieron disparados y Marsella apareció ante el país como uno de los municipios con más muertes violentas, las estadísticas -números fríos- no lograban plantear el matiz necesario que en este caso al puntualizar que era de homicidios realizados en un lugar ajeno al donde se encontraban los cuerpos; 2) el costo de transportar los cadáveres desde la vereda Beltrán hasta Marsella fue incrementado en la medida que la periodicidad en la que encontraban cadáveres se acortó; y 3),

los muertos de Beltrán y sus dolientes adquirieron un reconocimiento mediático (validación social) que comenzó alertar a los grupos criminales sobre lo que allí ocurría, es decir, que muchos cuerpos que debían desaparecer para que con ellos desapareciera el crimen cometido, se volvieron a convertir en una prueba judicial, la única que en la legislación colombiana prueba el homicidio.

Como consecuencia de estos tres factores se incrementó la presión institucional para que los cuerpos no se volvieran a recoger. Además de esto la misma preocupación de los grupos criminales hizo que la señora Mejía tuviera que dejar de recoger los cuerpos. En principio se negó a desistir de su labor social pero un día fue incendiada su casa, con lo que la obligaron a dejar de vivir en esa vereda.⁴³ Cuando se le pregunta por los actores que pudieron hacerlo, afirma desconocerlos por completo pero siempre recuerda que un día le enviaron el mensaje: “esos cuerpos los tiramos al río pa que desaparezcan, no pa que los recojan”.⁴⁴ Como lo expresa la directora de medicina legal, la doctora Ortiz, lo cierto del caso es que los cuerpos siguen llegando al remanso de Beltrán, pero las autoridades han desestimado de muchas formas la recolección de los mismos. Desde 1988 hasta la actualidad octubre de 2016 se habían recuperado 546 cuerpos.

Como en efecto, lo señaló el informe del Centro de Memoria Histórica, los actores armados convirtieron los ríos colombianos en fosas comunes, muchas veces arrojando los cuerpos como mensaje e impidiendo que los habitantes de las riberas los recogieran. Lo que ha pasado en la vereda Beltrán es representativo de otros casos que ocurrieron, también en las aguas del río Cauca, por ejemplo, en Trujillo, Departamento del Valle del Cauca o en El Tigre en el Departamento del Putumayo (Grupo de Memoria Histórica, 2013, p. 62).

5. Conclusión

La *historia del tiempo presente* nos convoca a los investigadores a problematizar aquellos procesos históricos que ocurrieron a partir de la segunda mitad del siglo XX y que aún tienen

⁴³ Entrevista a Inés María Mejía, la “heroína de los cuerpos” en Marsella (Risaralda), abril de 2016.

⁴⁴ *Ibíd.*

una fuerte influencia en el presente. Se trata de analizar en qué medida los procesos históricos han trascendido alterando el presente o logrando que los actores sociales tomen posturas alrededor de sus pasados activos.

Los pobladores de la vereda Beltrán, una vereda alejada de la mancha urbana, convivió con la violencia de forma simbólica. Hubo cierta naturalización de la muerte porque esta se hizo rutinaria tanto para adultos como niños. No porque allí ocurriera sino porque allí se manifestaba. En la parte trasera de la escuela fueron encontrados en muchas ocasiones cadáveres con lo cual los niños tuvieron que cambiar sus juegos infantiles por preguntas curiosas e inocentes acerca del significado de los cuerpos.⁴⁵

Pero, la vereda Beltrán es un territorio doblemente victimizado porque sobre él se han generado representaciones de un territorio violento, lo mismo con respecto al municipio de Marsella, así lo han mostrado los indicadores de violencia. En la realidad se trata de territorios apacibles todavía inmersos en la tranquilidad de la economía cafetera, donde las mayores conmociones se presentan cuando los precios suben o bajan en el mercado estadounidense.

Conviene resaltar que la historia de la violencia en Colombia, trabajada desde múltiples perspectivas, ha privilegiado los aspectos estructurales, no obstante, el caso de la vereda Beltrán en Marsella – Risaralda, permite preguntarse por otros procesos, otras formas de entender las repercusiones sociales de la violencia política que durante décadas ha afectado el país.

Por lo tanto, en este artículo a veces apelando a una mirada descriptiva se quiere proponer la búsqueda de matices en los procesos de victimización de una sociedad, como la colombiana, que, con los nuevos acontecimientos, como el proceso de paz con la guerrilla de las FARC, se irá

⁴⁵ Esta problemática de los niños inmersos en este contexto, sólo ha sido asumida por la Biblioteca de Comfamiliar Risaralda, con programas educativos y culturales –descentralizados– en la vereda Beltrán. Actividades de lectura al parque, cine club, producción literaria y fotografía han sido lideradas por Adriana Grisales y Wilder Ríos con la asesoría del Área de Cultura y Bibliotecas de Comfamiliar-Risaralda. Con estas acciones desde la cultura se ha logrado que los pobladores, en especial los niños y jóvenes, encuentren otras posibilidades, interesándose por visitar el municipio y acceder a otras opciones educativas (Correa, et al, 2016).

preguntando, cada vez más, por su pasado violento, como manera de avanzar hacia un futuro más armónico y equitativo.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Juan (2009), “El Remanso de Beltrán”, en *El Malpensante*, marzo.
- Calderón, María, y Marconi, Shara (2017), *Santuarios de la memoria: historias para la no repetición. Relatos de actos humanitarios en la vereda Beltrán y el municipio de Marsella, Risaralda* (Tesis de Pregrado), Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Calle, María Clara (2003), “Los muertos ajenos de Marsella”, *Revista Semana*.
<http://www.semana.com/nacion/articulo/marsella-nn-rio-cauca/366800-3>
- Correa, Jaime, Gil, Anderson Paul, Tascón, Jhon, López, Edwin y Valencia, Maribel (2016), *50/60: Una historia compartida. Investigación Mapa Histórico y Cultural de Risaralda*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Giraldo, Gabriel (2010), “La dama de los muertos”, *El Diario del Otún*, 22, de agosto.
<http://www.eldiario.com.co/seccion/COMUNITARIA/la-dama-de-los-muertos100724.html>
- Grupo de Memoria Histórica (2013), *BASTA YA. Colombia: Memorias de Guerra y Dignidad*, Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Kalyvas, Stathis (2010), *La lógica de la violencia en la guerra civil*, Madrid: Ediciones AKAL.
- Londoño, Jaime (2002), “El modelo de colonización antioqueña de James Parsons. Un balance historiográfico”, en *Revista Fronteras de la Historia*, No. 17 (anual).
- López, Jairo (2013), “Accountability social, organizaciones no gubernamentales de derechos humanos y conflicto político en Colombia, 2002-2010”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 75, No. 2, junio.
- Martínez, Luis (2006), “Violencia y desplazamiento: Hacia una interpretación de carácter regional y local. El caso de Risaralda y su capital Pereira”, en *Revista Estudios Fronterizos*, Vol. 7, No. 14, julio-diciembre.

- Martínez, Sebastián (2016), “Núcleos urbanos y de frontera en el Centro Occidente Colombiano. Un proyecto de institucionalización del Estado Nación en el siglo XIX”, en *Americanía. Revista de Estudios Latinoamericanos*. Nueva Época. No. 3, enero-junio.
- Núñez, Magda (2007), “Contexto de violencia y conflicto armado”, en Claudia López Hernández, *Monografía Político Electoral del Departamento de Risaralda, 1997-2007*, Bogotá: Misión de Observación Electoral, Corporación Nuevo Arcoiris, CERAC, Universidad de los Andes.
- Ovalle, Lilian (2010), “Memoria y codificación del dolor. Muertes violentas y desapariciones forzosas asociadas al narcotráfico en Baja California”, en *Revista de Estudios Fronterizos*.
- Palacios, Marco (2012), *Violencia pública en Colombia 1958-2010*, Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Pécaut, Daniel (2001), *Guerra contra la sociedad*, Bogotá: Editorial Planeta, colección Espasa.
- Perdomo, Jenny (2015), “Magdalenas por el Cauca: una memoria que fluye entre las aguas”, en *Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, No. 20, octubre.
- Toro, Germán (2005), “Eje Cafetero Colombiano: Compleja historia de caficultura, desplazamiento y violencia”, en *Revista Ciencias Humanas*, No. 35, enero-junio.

ENTREVISTAS

- María Inés Mejía. Secretaria de la Corregiduría del Alto Cauca. (Realizada en abril de 2016).
- Luz María Ortiz. Directora de medicina legal Marsella. 1988-2016. (Realizada en mayo de 2016).
- Carlos Arturo Ramírez. Ayudante de medicina legal Marsella. 1990-2016. (Realizada en mayo de 2016).